

quietud histórica, contamina incluso a ese «río» siempre presente, en Montevideo o en Santa María, cuya imagen inmóvil cierra expresivamente *Tierra de nadie*:

«Aquí estaba él sentado en la piedra, con la última mancha de la gaviota en el aire y la mancha de grasa en el río sucio, quieto, endurecido» (pág. 261).

Es, pues, la concentración espacial casi obsesiva la que da a la producción de ambos un carácter distinto, y esa concentración la constatamos no sólo en el interior de sus mismas obras, sino también en la misma existencia social del escritor. Sin cuestionar actitudes adoptadas por otros integrantes del llamado «boom», lo cierto es que, en Rulfo y en Onetti, no fue necesario proceso de distanciamiento alguno que permitiera ver mejor y más «hondo». En uno y otro caso su narrativa tiene un centro no sólo literario de ficción, sino también biográfico, es decir, el lugar en que de forma constante está enraizado el escritor. La ubicación del escritor en un espacio geográfico propio se convierte en una suerte de obsesión vital, rastreable además en los mundos imaginarios por ellos creados. Es el novelar desde un espacio único, real o metafórico, pero siempre idéntico pese a las diferentes denominaciones que toma en el fondo de su escritura.

Rulfo escribe desde un único lugar de México que, pese a los diferentes nombres con los que el lector llega a conocerlo (Comala, Luvina, Alima, Amula, Talpa, La Cuesta de las Comadres...) forma un trozo de tierra sin variantes que se reparte en los límites aproximados del estado de Jalisco; en concreto de sus tierras bajas, extendidas al sur de la capital del estado, Guadalajara. Como destaca Harss en el artículo citado son tierras secas, cálidas y desoladas, sometidas desde hace años a un proceso de desplazamiento humano hacia el norte, hacia Tijuana, con la esperanza de trabajar como braceros una vez cruzada la frontera. Los que no se van están en el fondo presionados por un sentimiento de fidelidad a los muertos. Rulfo destaca:

«Los antepasados son algo que los liga al lugar, al pueblo. Ellos no quieren abandonar a sus muertos. A veces cuando se van cargan con ellos. Llevan sus muertos a cuevas» (pág. 305).

El abandono de esta región que se extiende por el sudeste del estado de Jalisco hasta los límites con el estado de Colima, no es algo puramente casual. Rulfo habla de la existencia de bandas que debastaron la zona durante la Revolución. Cuando, más tarde, regresó la población desplazada estalló la guerra de los cristeros, asunto histórico de esencial interés tanto en la vida misma del escritor (éste pierde a su padre en los años que dura la revuelta), como en sus textos, donde desde el presente estado de abandono y miseria de los pueblos llegan ecos de hechos que suceden en un más allá y de los que los pobladores de estos espacios, a veces, sufren de pasada las consecuencias ²¹.

²¹ El significado de esta guerra se enmarca dentro de los siguientes rasgos: entre 1924-34, el período de subida al poder de Calles, se hace cada vez más ostensible el desvío de los ideales de la revolución, así como el auge que toma el culto al caudillo. Este «caudillismo revolucionario» se convirtió en radicalismo verbal que, si bien adoptó posturas netamente anticlericales en lo religioso (elemento desencadenante de la guerra de los cristeros), no tuvo el mismo vigor en el terreno de lo económico y social, quedando así en

Zona ésta, la de los campesinos de Jalisco, donde, según explica el mismo Rulfo:

«... hasta la fecha los campesinos no tienen tierras (...) Viven en una forma muy raquítica. Se van a la costa o se van de braceros. Regresan en la época de lluvias a sembrar algún terrenito. Pero los hijos, en cuanto pueden, se van. (...) Esa zona tiende a desaparecer» (pág. 316) ²².

Zona, pues, de despojo y desolación que ha determinado una peculiar manera de vivir, reconcentrada, hacia dentro, y donde sólo se sale de esta situación de violencia interior en contadas ocasiones cuando, por la acción de un elemento externo a los mismos habitantes del pueblo, se desencadenan hechos que, en otro sentido, nada modifican. Es por eso que, incluso en las manifestaciones exteriores de violencia como un asesinato o un fusilamiento, no hay alteración visible en sus ejecutores. Es, pues, una violencia gratuita, simple elevación en el tono vital de un grupo de hombres que pasará, en el instante siguiente, a la actitud ensimismada dominante. Carlos Blanco Aguinaga, en uno de los estudios acaso más rigurosos sobre la visión del mundo en Rulfo, destaca esta especial dicotomía entre la violencia secular interna y la esporádica violencia externa:

«Aquí, (...) no es en rigor, que no haya ocurrido nada, sino que el acontecer externo sólo ha dejado una llaga más en el alma de estos hombres y mujeres (...) como ley en el camino hacia la muerte. (...) En esta tensión angustiosa entre la lentitud interior y la violencia externa está el secreto de la visión de la realidad mexicana en Rulfo» (pág. 97) ²³.

La concentración espacial es, en Onetti, no menos concreta y obsesiva que en Rulfo. Harss destaca un sentido de «autoctonía» que traspasa la obra del uruguayo, deteniéndose en causalidades que, pese a lo anecdótico, ubican claramente a Onetti entre otros escritores de su mismo espacio geográfico:

«Quizá porque nunca tuvo el dinero necesario para la clásica peregrinación latinoamericana a Europa (...) hay en él algo genuinamente autóctono que va mucho más hondo que las estridentes protestas de pedantesco nacionalismo literario que caracterizan a tantos de sus compatriotas. Los años que ha pasado en la balanza entre Buenos Aires y Montevideo lo han asimilado al alma y al carácter de la zona» (pág. 222).

Alternando el ejercicio de la literatura con el periodismo, la vida del escritor transcurre entre las dos ciudades del Río de la Plata, Buenos Aires o Montevideo. La actitud de Onetti ante los espacios bonaerenses o montevidianos no es nunca teorizante ni tiene pretensiones metafísicas. A diferencia de Mallea, de Sábato, en cierto modo a Onetti no le interesa la esencia de la ciudad, su cara oculta, o la razón del existir del rioplatense y de sus ciudades concretas. La ciudad en Onetti, como lo es la tierra seca de Jalisco para Rulfo, es lugar de escritura y también espacio obsesivo en que se desarrollan unas vidas no menos reconcentradas que la del escritor. Pese a

la zona incomprometida de las meras afirmaciones verbales y del tratamiento del hecho religioso. Vid.: Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, t. I y II, FCE, México, 1969, o, desde otra perspectiva, Adolfo Gilly *La revolución interrumpida*, ed. El Caballito, México, 1971.

²² LUIS HARSS: *op. cit.*

²³ CARLOS BLANCO AGUINAGA: «Realidad y estilo de Juan Rulfo», en Jorge Lafforgue, *Nueva novela latinoamericana* 1, Paidós, Buenos Aires, 1976.

la ubicación concretísima de este espacio, no llega a ser nunca paisaje urbano en el sentido en que se describió éste en la novelística precedente. El espacio urbano, en Onetti, lugar de vida y de ficción, es escenario de un conflicto: de un enfrentamiento entre hombres, y de esos mismos hombres consigo mismo ²⁴.

Intentar calificar los relatos onettianos como «novelas de personaje» (frente a las «novelas de la naturaleza» o las «novelas espaciales» en sentido urbano o rural) y reducir el espacio urbano a mero escenario de fondo de una aventura humana es caer de nuevo en los esquemas dualistas tan frecuentes, ya sea la oposición regionalista-universalista o la de compromiso con la realidad-evasión de la misma. La ciudad, parcializada, presente mediante imágenes contrastivas e impresionistas o reducida a un conjunto de interiores (cuartos de departamentos, pensiones, prostíbulos, cafetines...), está siempre presente, y si se deja de lado este elemento espacial difícilmente podrían explicarse esas actitudes tan repetidas de los personajes onettianos como: departir en silencio, fumar interminablemente, compartir el trago de un café cualquiera, estableciendo vínculos de grupo, de amistad o de amor a partir de un lenguaje no verbal, sino de gestos mínimos que cobran una inusitada significación. Esta imposibilidad de separar, en Onetti, al hombre de la ciudad, al personaje de su espacio, no es cosa distinta de lo que destacamos en Rulfo acerca de la relación hombre-tierra, como eje en torno al cual se crea todo un universo de ficción. Lo que ocurre es que la cualidad distinta de los espacios en uno y en otro, urbano o rural, esto es, las diferencias geográficas si se quiere, entre los espacios obsesivos que constituyen el horizonte visual del escritor en el acto de escribir, determina, en el plano de la estructura interna de la obra, unas formas específicas. De esta forma, dada la diversidad de los espacios extraliterarios, unos mismos contenidos ideológicos presentes en ambos, como pueda ser el tema de la violencia, la culpa o la soledad, se verificará mediante motivos temáticos y técnicas expresivas distintas.

Rulfo y Onetti hablan de un despojo humano, pero el rincón del México rural en el que Rulfo recrea ese despojo es, no sólo geográfica sino también históricamente, distinto de esa ciudad crecida de forma anómala, prolongación de la pampa y lugar de inserción de grupos numerosos de inmigrantes europeos que es Buenos Aires. El habitante de esta ciudad, sea Buenos Aires o Montevideo, vive una situación de despojo, de desposeimiento, pero cualitativamente distinto al héroe de la mayor parte de los cuentos de *El llano en llamas*. El héroe urbano de Onetti ha dejado de buscar causas; perdida la conciencia histórica del pasado o del momento del pasado en que comenzó a «equivocarse el camino», como señaló Angel Rama, recordar será para él revivir un pasado sentido como totalmente individual, volver obsesivamente a esos

²⁴ Se ha destacado reiteradamente este segundo aspecto, el enfrentamiento del hombre consigo mismo, pasando el primero por alto. La visión más generalizada del hombre de Onetti, es la de un ser desintegrado, aislado en el espacio, incapaz de comunicación alguna, y dedicado a la evocación de un pasado. El retraimiento, nos parece, es un resultado; es la actitud del que se siente enfrentado a un proyecto, visión del mundo o estilo de vida. En todas y cada una de las novelas de Onetti hay una lucha entre dos visiones del mundo: la de quienes «acceptaron», incorporándose a la mentalidad de una clase media sin futuro alguno, y las de los que se oponen al medio por medio de la salvación personal por la creación o la imaginación, o desafiando en la práctica, los proyectos de esa clase media (Larsen y sus proyectos de rebeldía gratuita).